

Anaqueles sin dueño

Pedro A. González Moreno

Este libro, *Anaqueles sin dueño*, como casi todos los que he publicado hasta la fecha, surge a lo largo de un largo periodo que ha durado más de 6 años. Como ya he dejado escrito en alguna ocasión, para mí la poesía es como el vino: el resultado de un lento y largo proceso. Y a lo largo de ese tiempo, los poemas de *Anaqueles sin dueño* han ido surgiendo incluso, en algunos casos, contra mi propia voluntad. Quizás ello se deba a su escabroso tema: el del suicidio. Más de una vez me han preguntado por qué elegí precisamente ese tema y mi respuesta ha sido siempre la misma: algunas veces no es uno quien elige los temas, son los temas los que nos eligen a nosotros.

En este sentido debo decir que el motivo del suicidio, en principio, no nace de ningún hecho puntual y concreto, sino que aparece más bien como una prolongación temática (y hasta cierto punto lógica) de mi poesía anterior. Es decir, el tema no nace de ningún impulso autodestructivo (consciente al menos), y habría que recordar aquí que el yo lírico –o ficcional– no tiene por qué corresponderse necesariamente con el yo real del autor. Cuando el poeta escribe, ya sea utilizando la primera o cualquiera de las otras personas del verbo, su voz no tiene por qué considerarse, en sentido estricto, autobiográfica. Sin embargo, también debemos admitir que la escritura tiene mucho de catarsis, y probablemente el solo hecho de hablar o de escribir sobre el suicidio viene a ser un modo de conjurarlo. De manera que *Anaqueles sin dueño* tal vez sí pueda considerarse como algo parecido a un acto de exorcismo.

En cualquier caso, he de confesar que algunos de estos poemas sí están motivados por unos hechos de carácter vivencial, es decir,

Pedro A. González Moreno: *Anaqueles sin dueño*, Hiperión, Madrid, 2011.

por dos suicidios reales que me resultaban próximos. Quien lea con cierta atención los dos nombres que figuran en la dedicatoria del libro, comprobará que ambos llevan mi segundo apellido, y es fácil deducir, por tanto, que aunque no se diga explícitamente, los nombres de esas dos personas tienen algo que ver conmigo. Por otro lado, poco sentido tendría haber dedicado un libro sobre suicidas a personas que, a su vez, no se hubiesen suicidado. De modo que ahí, en el doble suicidio que sugiere la dedicatoria, está la génesis de algunos poemas, aunque ello no sirve para explicar el proyecto global del libro.

La obra, a partir de unos cuantos poemas iniciales, fue creciendo y adquiriendo vida propia, como un organismo vivo que se regeneraba y se alimentaba con cada una de las nuevas muertes con la que, en la literatura o la vida, iba topándome. Por eso, y muy exagerada o metafóricamente, podría decir que de la vida extraje el alma de este libro y fue la literatura quien me ayudó a ponerle el cuerpo.

Decía anteriormente que, más allá de esa motivación «vivencial», la temática del libro está en una línea muy acorde con mi poesía anterior, marcada por un fuerte acento existencial. Desde mi primer libro, *Señales de ceniza* (1986) hasta *Calendario de sombras* (2005), en mis versos ha habido siempre una fascinación por la pérdida, por la destrucción, por la muerte. La antología *La erosión y sus formas* (2007), donde recogí parte de mis cuatro poemarios publicados, refleja también, desde su mismo título, esa fijación en un mundo que se caracteriza por la mirada elegíaca, por la devastación y por la pérdida. *Anaqueles sin dueño* viene a ser, por tanto, la culminación de esa poética que es uno de los ejes principales de mi lírica, aunque llevada, eso sí, a una situación límite como es la del suicidio.

A partir de ahí, y cuando ya tenía elaborados unos cuantos poemas que no constituían aún un proyecto unitario, los propios suicidas vinieron en mi ayuda. O dicho más literariamente, sentí su llamada, escuché su voz. Como digo en el primer poema del libro (el que actúa como prólogo), entre las desordenadas baldas de mis estanterías, tengo una muy especial que está repleta de libros de suicidas. Poetas y escritores, básicamente. Y al asomarme de vez en cuando a esa balda, sentía extrañamente que sus

voces, en efecto, me reclamaban aunque no sabía muy bien por qué ni para qué.

Ahí comenzó a fraguarse, realmente, el proyecto del libro. El recurso de las baldas me sirvió, técnicamente, para estructurar la obra, y fue entonces cuando comencé a sentir, casi en carne propia, los pistoletazos de Maiakovsky, de José Asunción Silva o de Larra; el roce de las sogas de Marina Tsvietaieva o de Nerval; me sumergí en las mismas aguas de Celan, de Virginia Woolf, de Alfonsina Storni o de Crane; compartí las sobredosis de Trakl, de Pavese o de Alejandra Pizarnik; respiré el mismo aire envenenado de Silvia Plath o de Anne Sexton; comprobé, con Dylan Thomas, el sabor de la última y definitiva borrachera... En fin, me apropié, en algún modo, no sólo de sus vidas sino también, y sobre todo, de sus muertes. Y reconozco que fue turbador, y fascinante al mismo tiempo, compartir con ellos esos últimos instantes en los que, cada uno a su manera, *«hicieron de la muerte / una bella y amarga ceremonia / de cordura...»*.

Era consciente de que corría un doble riesgo: por un lado, el de apropiarme también de su voz; y por otro, aún más peligroso, que ellos se apropiaran de la mía. Pero al final logré –o al menos esa fue mi intención– que mi voz sobreviviera, más o menos intacta, al poderoso magnetismo de las suyas.

La experiencia llegó a ser tan perturbadora como gratificante, por lo que tenía de inmersión en unas vidas ajenas a mí, pero con las que me identificaba plenamente. Tal vez esto lo que plantea, en el fondo, es el viejo tema de la alteridad, es decir, la posibilidad de desdoblamiento del sujeto poético; y es que resulta muy fácil, en el espejo del poema, ser uno mismo y el otro al mismo tiempo.

Así, unas veces conmigo y otras contra mí, los suicidas (que ya se habían apoderado de las baldas de mi casa) se fueron adueñando también de esas otras baldas de este libro, unas baldas –reales o imaginarias– de las que yo no soy ya su único dueño, porque es a ellos a quienes ahora, realmente, pertenecen.

En fin, lo que este libro supone, muy probablemente, es un cierre (no sé si temático, formal o estético, o quizás todo eso a la vez) de mi obra poética. O dicho con mayor precisión, el cierre de una etapa de mi trayectoria poética. El hecho de que el libro se abra y

se cierre con el mismo verso («*entre mis libros*») es bastante significativo, ya que esas palabras no solo delimitan el espacio lírico, sino que remiten también a un mundo cerrado sobre sí mismo, un mundo que es como un laberinto sin salida posible.

Ello no significa que mi obra poética quede definitivamente cerrada pero sí que, en el caso de que continuara, tendría una textura y unas tonalidades diferentes ©